

ria se insinuaban discordancias dogmáticas de igual tendencia, prelujiando el nuevo giro que tomarían las doctrinas después de 1530, fecha en que la dieta de Worms condenó á Lutero.

Hemos repetido que el erasmismo era, en España, la carátula protectora de la protesta. El luteranismo se insinuó, prudente y enmascarado siempre, aun entre teólogos y dignatarios que parecían combatirlo de buena fe. Famoso fué el

de los erasmistas. Puede afirmarse sin reparo que la mayor parte de los literatos que por aquel tiempo se distinguían en nuestra patria, figuraban entre los admiradores y adeptos del autor del «Elogio de la locura». Tal acontecía con los Valdés (Alonso y Juan), singularmente con Alonso, que era su partidario más devoto; Juan de Vergara y sus hermanos Francisco de Vergara y Bernardino Tovar; el teólogo sevillano Luis Núñez Coronel; Alonso de Virués, docto benedictino; el insigne arzobispo de Toledo, D. Juan Alonso de Fonseca; el de Sevilla, D. Alonso Manrique de Lara; el distinguido humanista valentino Pedro Juan Oliver; el arcediano de Alcor, Alonso Fernández de Madrid; el ilustre Francisco de Vitoria; Diego Gracián de Alderete; el abad Pedro de Lerma; su sobrino el cancelario de la Complutense, Luis de la Cadena, Sancho Carranza de Miranda, adversario antes y terviente admirador después; los hermanos Pedro y Cristobal Mejía; Juan Maldonado, vicario general que fué del arzobispo de Burgos; el secretario Juan Pérez; el obispo de Jaén, D. Esteban Gabriel Merino; el obispo Cabrero; los muy originales

proceso del dominico Bartolomé Carranza (1), arzobispo de Toledo, que absolvió á Carlos V sin tomarle confesión y fué objeto de horribles persecuciones. Juan Valdés (2) se pronunció abiertamente por la Reforma, que tuvo algunos partidarios de significación entre los primeros erasmistas y llegó á formar dos núcleos importantes de predicación evangélica en Sevilla y Valladolid (3). Las persecuciones contra estos

Fernando de Herrera y Cristobal de Villalón; Luis Mejía, Bernardo Pérez, Juan Justiniano, Juan Martín Cordero, Juan de Jarava y Francisco Thamara, Fernando Ruiz de Villegas, Francisco de Enzinas y otros de menor renombre.» *Bonilla*, «Luis Vives», página 193.

(1) *Llorente*, ob. cit.; *A. de Castro*, ob. cit.

(2) *A. de Castro*, ob. cit., y «Examen filosófico de las principales causas de la decadencia de España, Cádiz, 1852.—*Wiffen*: «Vida y obras de Juan Valdés» y *Luis Usos del Río*: «Reformistas antiguos españoles», XX tomos (1837 á 1865).

(3) Los nombres de Juan Gil, Constantino Ponce de la Fuente, Domingo Rojas, Fernando de Texeda, Agustín Cazalla, Juan Seso, Pedro Núñez Vela, Antonio del Corro, Casidoro de Reina, Cipriano Valera, Francisco de Encinas, Reinaldo G. Montana, Nicolás Sacharles, Alonso de Castrillo, Julián Hernández, Juan Pérez de la Pineda, Carrascón, etc., están vinculados á este movimiento religioso; considerados individualmente carecen de interés filosófico.

protestantes fueron violentísimas, especialmente al morir Carlos V y subir al trono Felipe II. Los dominicos viéronse estimulados en su celo por los jesuítas; bien pronto hombres y mujeres fueron quemados vivos. Muchos huyeron de España, refugiándose un crecido núcleo en Ginebra. En 1570 la Inquisición había acabado con el protestantismo español (1).

Una de las figuras más singulares y atípicas del protestantismo español fué el aragonés Miguel Servet; nació en 1509 y fué á morir en Ginebra en 1553, á manos del fanatismo calvinista. Docto en ciencias médicas y en teología, que estudió en Toulouse, su espíritu inquieto le impuso á oponerse con igual tenacidad á la vieja ortodoxia católica y al nuevo dogmatismo del inquisidor ginebrino. Entre otros títulos de gloria, comparte con Harvey el descubrimiento de la circulación sanguínea. Ningún otro protestante español le igualó por la profundidad en el pensar. La influencia neoplatónica es muy visible en todas sus doctrinas teológicas, principalmente en cuanto respecta á la hipostasis de la

(4) Datos bibliográficos sobre el protestantismo en España se encuentran en el «Discurso Preliminar» del tomo I y en todo el tomo II de los «Heterodoxos» de Menéndez y Pelayo (primera edición).

unidad; declaróse por eso contra el dogma de la Trinidad, diferenciándose originalmente de los demás antitrinitarios. Entiende que las ideas son las únicas intermediarias entre la divinidad y el mundo sensible.

Su vida fué tan azarosa como sus doctrinas. Siguió á Carlos V á Alemania y asistió á su coronación. En 1530 fué á Estrasburgo; en Hagenau publicó «Los errores de la Trinidad». Regresó á Francia, estudió astronomía, matemáticas y medicina, interviniendo en estudios de algún mérito. En 1553 publicó en Lyon la «Restauración del Cristianismo», que le atrajo el odio de católicos y protestantes. Fué encarcelado y huyó de su prisión, teniendo la mala suerte de dirigirse á Ginebra; como no abjurase, Calvino le mandó quemar vivo, imitando al Santo Oficio en nombre del nuevo fanatismo protestante. El estudio de Emile Saisset comprende el carácter, las obras y el sistema teológico-filosófico de Servet, que cuenta con una vastísima bibliografía y sigue motivando polémicas entre católicos y protestantes (1).

(1) *E. Saisset*: «Mélanges d'histoire, de morale et de critique», Paris, 1859. *A. Chauvet*: «Etude sur le système théologique de Servet», Strasbourg, 1867. *Tollin*: «Das Lehrsystem Michael Servet», II vol.; *Amallo y*

El criterio psicológico empírico-naturalista, que caracteriza el «De Anima et Vita» de Vives, reaparece en la obra meritísima del ilustre médico Juan Huarte de San Juan, titulada «Examen de ingenios para las ciencias». Sin grande originalidad filosófica, en cuanto renueva el concepto de la base fisiológica y cerebral del entendimiento, es de muy grandes méritos por la forma de exposición y la agudeza analítica. Pone los temperamentos como base de los caracteres, deduciendo de ello la desigualdad de los ingenios humanos con relación á los diversos géneros de cultura intelectual. Examina las influencias del organismo sobre el temperamento y los del ambiente sobre el carácter individual. Su conclusión es sobremanera práctica y de valor pedagógico: deben conocerse á tiempo las características mentales de los individuos, para que cada cual procure dedicarse á los estudios más conformes con su particular naturaleza. Clasifica las ciencias de acuerdo con las aptitudes mentales que se requieren para cultivarlas: ciencias

Mangot: «Historia crítica de Miguel de Servet», Madrid, 1888. etc. (*E. Saisset* ha escrito la óptima información sintética que figura en el diccionario de *Franck*.) *Pompeyo Gener*: «Servet médico, geógrafo, astrónomo, filósofo», Barcelona, 1911.

de la memoria, ciencias del entendimiento y ciencias de la imaginación; Francisco Bacon repitió esta clasificación y es verosímil que conociera la obra de Huarte, muy difundida desde su aparición. Sin tener el interés descriptivo y mundano de «Los Caracteres» de La Bruyère, con quien se le ha comparado, aventájale en fundamentos científicos; no desmerece de los mejores tratados didácticos sobre la materia. Fué traducido al alemán por Lessing y al francés por varios.

Otras manifestaciones renacentistas se notan entre los españoles del xvi. Alcanzó nombradía el sevillano Juan Montes de Oca, profesor en la Universidad de Padua y sensiblemente influenciado por Pedro Pomponazzi; como éste, sostenía la necesidad de poner la experiencia como base de todo estudio y mantenía la distinción averroista entre la verdad teológica y la verdad filosófica.

Mucho interés para la lógica y la estética presentan los escritos de Francisco Sánchez de las Brozas (1523-1601), que no escatimó censuras á los errores de la dialéctica escolástica.

En Medina del Campo el médico Gómez Pereira (1500-1569) publicó, en 1554, su «Antoniana Margarita». Entre otras cuestiones trata del alma de los hombres y de los animales; distingue

al alma sensitiva de la intelectual, subordina la una á la otra, y niega el entendimiento á los animales, aunque sin tenerlos por máquinas como Descartes. En muchas partes no se pueden apreciar sus opiniones, por la equívoca nomenclatura que emplea (1).

Durante mucho tiempo tuvo cierto renombre el libro «Nueva Filosofía de la Naturaleza del Hombre» (1587), atribuido á la joven Oliva Sabuco; era extraordinario para ser escrito por una joven española de ese tiempo. Más resultó ser de su padre, el bachiller Miguel Sabuco y Alvarez, con lo que dejó de asombrar, sin perder sus méritos.

Fuera de los escritores nombrados y algún otro de menor significación filosófica, el renacimiento español fué ahogado al nacer por la Inquisición. Los mismos erasmistas, relativamente tolerados mientras les duró la protección del arzobispo Alonso de Fonseca, tuvieron que callar ó emigrar; la muerte de Fonseca «dió alientos nuevos al oscurantismo para reanudar su patriótica tarea de perseguir á los más eximios representantes del Renacimiento literario y filosófico».

(1) Véase el cap. VI, del vol. II, en la «Ciencia Española» de *Menéndez y Pelayo*. (Edición 3.^a 1887.)

En eso se resolvió la obra del Santo Oficio en la teocracia castellana (1).

(1) *Bonilla y San Martín*: «El Santo Oficio, que oprimió al insigne Antonio de Nebrija, «acusándole de temerario y sacrilego, principalmente porque siendo profesor de Gramática y no maestro en Teología, osaba poner sus manos en las Divinas Escrituras; porque no satisfecho de los códices latinos corrientes, recurría á los originales; porque requería en el sagrado intérprete pericia gramatical, no sólo en latín, más en el hebreo y el griego, mucha crítica y filología»; el Santo Oficio, que destruyó dos «Quinquagenas» de lugares de la Biblia, ilustrados por aquel claro humanista; el Santo Oficio, que encarceló á Juan de Vergara, á Bernardino Tobar y al venerable Juan de Avila, apóstol de las Andalucías; el Santo Oficio, que procesó y tuvo en prisión al sabio filólogo y catedrático de la Complutense Mateo Pascual, confiscándole todos sus bienes; que obligó al septuagenario erasmista Pedro de Lerma á ausentarse de su patria para morir en el extranjero suelo; que persiguió á Luis de la Cadena, cultísimo cancelario de la Universidad de Alcalá; que vejó la memoria de Raimundo Lulio, de Luis Vives, del Venerable Granada, de Huarte de San Juan y de Doña Oliva Sabuco de Nantes; que formó causa á Fray Juan de Villagarcía, profesor en Oxford, á Martín Martínez de C. Cantalapiedra, profesor de Salamanca, al celeberrimo Arias Montano, y por dos veces á Fray Luis de León; que condenó á cárcel perpetua al famoso humanista portugués, amigo de Vives, Damián de Goes, entre otras razones por haber comido y bebido en cierta ocasión con Lutero y Melanchton, y á prisión temporal tras largo é injustísimo proceso al

Considerable valor presentan las obras de varios moralistas más ó menos influenciados por el humanismo literario. Destácase sobre todos los de este siglo el obispo Antonio de Guevara (1480-1545), historiador, teólogo y erudito; su «Reloj de príncipes ó Vida de Marco Aurelio», refleja la inspiración estoica que se acentúa en «Menosprecio de corte y alabanza de aldea», «Aviso de privados y doctrina de cortesanos», etcétera. Parecida influencia nótase en los escritos morales del filólogo Fernán Pérez de Oliva (1493-1533); su «Diálogo de la dignidad del hombre» es de alto mérito, así como sus fragmentarios «Del Uso de las riquezas» y «De la Caridad». El aragonés Pedro Ciruelo (1500-1550) estudió en Salamanca y París, siendo más tarde profesor en Alcalá; escribió contra los errores astrológicos y pseudo-científicos de su tiempo, señalando el buen criterio para observar los fenómenos de la Naturaleza, en su «Reprobación de las supersticiones»; en ese orden de ideas pronuncióse abiertamente contra Lulio, cuyo

arzobispo Carranza de Miranda; el Santo Oficio, finalmente, que amargó la vida del insigne poeta D. Esteban Manuel de Villegas y acibaró los últimos momentos del doctísimo Sánchez de las Brozas, mutilando algunos de sus más importantes opúsculos, llenó cumplidamente su misión» (páginas 234-235).

método famoso proclamó nocivo para quien estudiara en serio, en su «De Arte Raymundi Lully (Paradoxae Questiones X)» (1538). Son de ese mismo siglo el «Diálogo é razonamiento en la muerte del Marqués de Santillana», del doctísimo renacentista literario Pedro Díaz de Toledo; el cordobés Francisco de Mendoza y Bobadilla (1508-1566), arzobispo de Valencia, tuvo trato en Lovaina con Luis Vives y editó las observaciones á la Historia Natural de Plinio (1544), escritas por Fernando Núñez de Guzmán; Miguel Sabuco y Alvarez, autor del agudo tratado «Nueva Filosofía de la naturaleza del hombre» (1587); el erudito juriconsulto Juan López de Palacios Rubios, uno de los autores de las famosas leyes de Toro, escribió muchos trabajos de filosofía natural y moral, de escaso interés (1).

(1) Cítanse otros moralistas, humanistas, escritores políticos, estetistas, etc. Francisco Pérez de Salazar, Hernando de Talavera, Fray Juan Dueñas, Pedro de Navarra; Francisco de Villalobos, Pedro de Valencia, Pedro Fernández de Navarrete, el valido Antonio Pérez, Juan de Guzmán, etc. El judío convertido León Hebreo (1460-1535) no puede considerarse español; nació en Lisboa (?), escribió en italiano, publicó su libro en Roma y murió en Ferrara. Toda su biografía es incierta. Sus interesantes «Dialoghi d'amore», muy cele-

Mayor significación tienen los escritos de Benito Arias Montano (1527-1598), colaborador de la Biblia Poliglota y procesado bajo la imputación de falsear el texto hebreo, que se publicó en Amberes; poeta místico y humanista doctísimo, tiene gran valor su »Rethorica», publicada en Francfurt (1572), sosteniendo la suficiencia de los idiomas vulgares que deben cultivarse de preferencia al latín (1). En su sonado proceso defendióle Juan de Mariana (1536-1624), jesuíta, varias veces perseguido y encarcelado por el Santo Oficio, autor de notables escritos morales, políticos y filosóficos, aunque más conocido por la injuzgable «Historia General de España». Alcanzó celebridad europea con su «De regis institutione», en que justifica el regicidio; el libro fué quemado en París cuando Ravallac asesinó á Enrique IV, suponiéndose que había inspirado ese crimen. Motivó polémicas. Sus páginas dedicadas á poner en contraste el

brados en los medios literarios, muestran intenso influjo platónico. (Ver *Ueberwegs*, vol. III, 16 y bibl. 9. *Munk* publicó un conciso resumen de su obra en el diccionario de *Franck*.) (Ver también: *B. Croce*, en «La Crítica», 1914.)

(1) Conciso «Elogio histórico del Dr. Benito Arias Montano», de *Tomás José González Carvajal*, en las «Memorias de la Real Academia de Historia», vol. VII.

buen rey, que admira, y el mal rey, que reprueba, son de una elocuencia magistral.

Fué su contemporáneo el catalán Joaquín Sentantí, autor de «Centellas de varios conceptos» y «Avisos de amigo», obras de filosofía política y moral, de entonación marcadamente realista. Se mencionan en esta época algunos economistas (1).

IV.—EL CREPÚSCULO DE LA MENTALIDAD ESPAÑOLA

Lope de Vega, Cervantes y Calderón ponen altísima la fama de las letras españolas después del siglo XVI; en cambio se agostan y mueren todos los gérmenes del renacimiento filosófico, sin que la escolástica triunfante pueda ostentar un nombre comparable al de Francisco Suárez. La «fatal manía de pensar» está curada en España y sólo algún caso esporádico se denunciará hasta mediados del siglo XVIII, en que se ensayan nuevos esfuerzos por nivelar la cultura filosófica española con la europea. No quiere eso decir que faltaran en España, por ese tiempo, ingenios eminentes y pensadores profundos;

(1) *Federico Rahola*: «Economistas españoles de los siglos XVI y XVII», Barcelona, editor Tasso, 1887.

pero el terror de la Inquisición—ya bien probada con los erasmistas y los reformistas—impidió que se cultivaran los altos géneros didácticos y especulativos, orientando todas las actividades culturales hacia los géneros puramente literarios. Si una filosofía sobrevive en España, es necesario buscarla en el teatro y la novela, trasuntos fidelísimos del alma contemporánea; en ese sentido, indirecto y convencional, la hay en el teatro místico-heroico-caballeresco y en la española é insuperable novela picaresca (1),

(1) «Dicen por ahí que no ha habido filosofía en España, y realmente, si algo ha habido en España, ha sido filosofía. Por ella carga tanto a no pocos la lectura de Guzmán de Alfarache, y por no tener paladar para saborear la filosofía española es por lo que muchos no leen el Criticón ni entienden el Libro del Buen Amor, desprecian el Corvacho y no calan Los Sueños de Quevedo, la Celestina ni aun el Quijote.

»Porque todo eso es filosofía española y sus autores son los ingenios españoles. Pintar por pintar, describir por describir es cosa que nunca se hizo en España, y si a eso llaman algunos el arte por el arte, como meollo del ser del artista, en España no hubo jamás artistas, como no hubo filósofos. Pero si la moral es filosofía y lo más entrañable de la filosofía, hubo en España filosofía y hubo filósofos: demasiados filósofos y demasiado filósofos. Los que piden que se les descargue el Guzmán de Alfarache piden menos filosofía», *Julio Cejador*. (Pró-

viviente psicología de una raza, sólo superada por la savia psicología del Quijote (1).

La misma grandeza literaria fué, sin embargo, transitoria. El imperio teocrático universal, que habían concebido Carlos V y Felipe II, era un absurdo histórico; pudo el Santo Oficio impedir el renacimiento científico y filosófico en España, pero fué ceguera suponer que esa restauración moral de la Edad Media podía extenderse más allá de los Pirineos. «La inquisición no fué, al fin, sino un signo—dice D. Juan Valera—, un síntoma del estado mental de un pueblo que se hizo el campeón de lo pasado contra lo presente y contra el porvenir de la civilización, y que no pudo menos de salir hartado mal parado de la gigantesca y absurda lucha.» El reinado de Felipe III (1598-1621) señala el comienzo de la ruina política, social y cultural de España (2); Felipe IV (1621-1665) y Carlos II El Hechizado (1665-1700) asisten a los funerales de la teocracia castellana.

logo de «Guzmán de Alfarache», Edic. Renacimiento, 1913.)

(1) Ver *Miguel de Unamuno*: «Vida de Don Quijote y Sancho», Madrid, 1905.

(2) En 1609, Felipe III ejecutó la expulsión de los moros; más de medio millón de hombres.

Junto con la gloria se van las buenas letras del siglo de oro. Felipe IV presencia la batalla absurda entre conceptistas y culteranos, dos corrientes degenerativas que sustituyen á los tres grandes focos de cultura literaria de fines del siglo xvi: Salamanca, Aragón y Sevilla.

La escolástica católica, definitivamente cristalizada en el suarismo, ningún brillo alcanzó en el siglo xvii. Los más de los jesuitas—agotada por Suárez la sistematización tomista—dedicaronse a perfeccionar sus instrumentos de captación espiritual, perfeccionando su casuística hasta caer en la inmoralidad y el ridículo (1). Ya nos hemos referido a ese movimiento. Honrosa excepción, el jesuita Diego Ruiz de Montoya introduce el criterio histórico en la enseñanza de la teología escolástica y publica «De Trinitate» (1625), «De Scientia» (1629) y otros discretos tratados que revelan un ingenio claro y metódico. Algún paripatético erudito, como Vicente Mariner de Alagón y el sevillano Nicolás Antonio, reemplaza con paciencia la falta de originalidad de esa escolástica endurecida teóricamente en el dogmatismo; prácticamente se desviaba hacia el

(1) Sobre la educación jesuítica en España, puede leerse la serie de novelas recientemente publicadas por el cultísimo escritor *Pérez de Ayala*.

ascetismo, cuando rehuía la casuística. El mal Aristóteles de la primera escolástica reaparece; la dialéctica asoma en los escritos teológicos de Gaspar Hurtado, de Juan de Santo Tomás y de otros pocos (1). Contra esa vuelta al primitivo aristotelismo dialéctico, el médico español Isaac Cardoso habíase pronunciado con brío y acritud, en su obra «Philosophia Libera», publicada en Venecia en 1673. Para que el cuadro de esa decadencia sea completo, algunos teólogos y peripatéticos de menor cuantía se contagian de conceptualismo y culteranismo, como se advierte en los logicistas y en la homiliética de fines del siglo. Los últimos ocios teológicos son dedicados a disputas fervientes entre jesuitas, dominicos y agustinos, que tratan de apuntalar sus influencias respectivas, cimentando la hegemonía de los Padres, del Tomismo ó de los Casuistas.

El único teólogo de la segunda mitad del xvii que alcanzó renombre fué Miguel de Molinos (1627-1696), místico suigéneris, inventor del quietismo. Su «Guía Espiritual», inspirada en fuentes «iluministas» extranjeras, produjo entre monjes y beatas una epidemia de fanatismo ascético, motivando muchos procesos, que se repitieron

(1) Se menciona a: Rodrigo de Arriaga, Angel Manrique, Baltasar Téllez, Tomás de Manzanares, etc.